



CUMPLIR O NO CUMPLIR

Enrique de Mora,

Autor de los libros "ZigZag" y "Funny-Pop".
Miembro del Top Ten Business Consulting Spain.

Ya hemos superado el temido primer mes del año. La cuesta de enero ha quedado atrás. Y, por supuesto, ya nos hemos olvidado de nuestros buenos propósitos de inicio de año y, lo que es mejor, de los remordimientos por no cumplirlos.

En enero, un periodista de La Vanguardia, ante la evidencia de que los buenos propósitos no se cumplen jamás, lanzaba a través de su columna una larga lista de posibles malos propósitos (por ejemplo, no redactar ninguna lista de buenos propósitos, no celebrar nunca más las fiestas navideñas, disfrutar de la mala vida, mirar mucho la telebasura o no leer) con la esperanza de que tampoco se formalizaran. Era, obviamente, pura retórica y divertimento alrededor de la consustancial falta de cumplimiento que tenemos los mortales.

Cumplir propósitos sería lo ideal, pero nos cuesta mucho. Hay variantes. Probablemente, es mejor no cumplir propósitos que cumplir despropósitos. Y quizá no sería mala cosa, ya que estamos, saber descumplir despropósitos (algo así como deshacer desaguizados antes de que lleguen a hacerse).

Pero no nos vayamos por las ramas. A lo que íbamos: cumplir propósitos con uno mismo es una tarea titánica (entre otras cosas, porque se añade a la de cumplir con el trabajo, con la familia, con los compromisos sociales, etc.).

Cumplir está muy relacionado con la expectativa que nos creamos, es decir con la esperanza o posibilidad de conseguir una cosa. Hay verdaderos maestros en crearse (y crear) expecta-

tativas falsas. Y, claro, de ahí al incumplimiento hay un solo paso.

Está, por tanto, el cumplimiento con uno mismo. En ese caso, somos beneficiarios o víctimas de nosotros mismos. Otro cantar, aún más importante, es el cumplimiento con los otros: la pareja, los hijos, los amigos, el jefe, los compañeros de trabajo, etc.

"Te lo envió la semana que viene sin falta". Pasa una, dos, tres semanas y la promesa no se cumple. ¿Les suena?

En el ámbito profesional, dentro de las muchas clasificaciones que se podrían hacer, una sería la de la gente que cumple y la que no. Incluso los que cumplen a veces no cumplen, pero tienen un índice de fiabilidad muy elevado (del 90% o más, por decir algo). Cuando le pedimos algo a alguien fiable, sabemos que nos podemos despreocupar. La tarea, o lo que sea, estará (bien) finalizada cuando toque. Cuando se lo pedimos a alguien no fiable, lo hacemos con las alarmas encendidas y asumiendo que vamos a tener que gastar energías recordándoselo, persiguiéndole y presionándolo. Es increíble, pero es así.

Es la diferencia entre la gente comprometida y la que no. El cumplimiento tiene que ver con el compromiso. Si partimos ésta última palabra en dos (lo llamo "método Jesulín"), veremos que su etimología viene de "promesa compartida". Con otros o con uno mismo. Comprometámonos con las promesas compartidas, valga la redundancia. Esforcémonos en cumplir con los demás. Y quizá así nos daremos cuenta de que también es importante cumplir con nosotros mismos.)